

EL MONTE ALTO
Domingo 2º de Cuaresma
28 de febrero de 2010

Los peregrinos que suben al monte Tabor podrían tener la tentación de considerar la transfiguración de Jesús como el gesto altanero de quien trata de marcar las distancia con relación a todos los humanos. Como si, envuelto en su luz inaccesible, el Maestro intentara recordarnos la tiniebla en la que todos vamos caminando a tientas por el mundo.

Pero no, la situación de este relato evangélico nos ayuda a comprender su sentido. Se sitúa la transfiguración en un momento muy preciso: precisamente después que Jesús ha anunciado el futuro de pasión y muerte que le aguarda (cf. Mt 16, 21-23). Su transfiguración en el "monte alto" preanuncia el misterio de su crucifixión y su glorificación final.

Por otra parte, Jesús aparece flanqueado por Moisés y Elías, los grandes pilares de la fe de Israel. Con ello se trata de decirnos que su figura y su misión está avalada por la autoridad de la Ley y los Profetas de Israel.

HIJO Y MAESTRO

Así que el episodio de la transfiguración constituye una revelación de Jesús, pero también una exhortación para sus discípulos. Para aquellos discípulos que le seguían durante su vida terrena y también para todos los que tratamos de seguirle en nuestros días.

La transfiguración de Jesús que hoy contemplamos nos recuerda el misterio de su bautismo en el Jordán. Allí Jesús se presentaba ante los ojos de su pueblo y el Padre refrendaba su misión reconociéndolo como Hijo (cf. Mt 3,17). También aquí se oye la voz del Padre celestial que revela a los discípulos la verdadera identidad del Maestro a cuyo seguimiento han sido llamados: "Este es mi Hijo, mi elegido; escuchadle" (Lc 9, 35).

El misterio de la transfiguración nos dice que, aun viviendo como un hombre cualquiera, Jesús no ha abandonado nunca la gloria celestial. Nos enseña también, que para "entrar en su gloria" (Lc 24, 26), es necesario pasar por la Cruz en Jerusalén.

También Moisés y Elías habían visto la gloria de Dios en la montaña. Una y otra vez se nos dice que la Ley y los profetas habían anunciado los sufrimientos del Mesías, como recordará el Señor resucitado a los discípulos que caminan hacia Emaús (cf Lc 24, 27).

LA LUZ Y LA CRUZ

Como a los apóstoles que lo vieron resplandeciente, también a nosotros la Transfiguración de Jesús nos ayuda a vencer el desaliento ante la cruz, a tomarla cada día y a seguir a Jesús hasta el final.

- Ver a Jesús transfigurado y avalado por la voz del Padre celestial que lo proclama como Hijo predilecto, es para nosotros un motivo más para aceptar el camino cristiano con fe y generosidad.

- Escuchar la palabra de Dios que nos transmite Jesús es el primer paso de nuestra fe. En el monte de la Transfiguración, el Padre celestial nos ordena: "Escuchadle". Escuchar a Jesús: esa es la voluntad del Padre. Escuchar la palabra de Jesús para hacer nuestro su estilo y su mensaje.

- Al volver nuestros ojos al Jesús transfigurado recordamos que Él es nuestro único Maestro, en el que encontramos la Palabra de Dios. Al escucharle a Él, podemos seguir el camino de la verdad que conduce a la vida. Sólo por la aceptación de la cruz podremos llegar, con Jesús, a la gloria de la resurrección.

- Señor Jesús, también nosotros pasamos a veces por momentos de tiniebla como tus discípulos primeros. Pero, al igual que ellos, queremos descubrir en ti la luz para el camino y la fuerza para tomar la cruz. Amén.

José-Román Flecha Andrés